

Mientras, Santa, sin resistirse al último mandato materno, se despedía de seres y cosas con hondo mirar angustioso y se encaminaba, tambaleante de desgracia y de llanto, á la salida de la casita.

En la reja, se detuvo aún, con la esperanza de que la llamaran. Volvió el rostro y sólo contempló á su madre entre los brazos de sus hermanos, la diestra levantada como cuando la mandara irse, en solemne grupo patriarcal de los justicieros tiempos bíblicos.

Un brusco movimiento del vecino de lecho de Santa, que en sueños se desperezaba, hizo que la muchacha tornase á la realidad é interrumpiera su largo peregrinar al través de su vida. Por un instante, pensó en mudar de sitio acostándose, para lo que de noche faltaba, en el canapé ó en la alfombra; pero una reflexión la contuvo. Ya que no había tenido valor de arrojarse al río de su pueblo que le brindaba muerte, olvido, la purificación quizá, y si había tenido la desvergüenza de tirarse á éste en que ahora se ahogaba, tan nauseabundo y sucio, ¡acabar de ahogarse y de perecer en el revuelto limo de su fondo!

III

Bravo, Hipo, muy bientocado! ¿Cómo dices que se llama?...

—“Bienvenida“—contestó el ciego sin abandonar el piano.

—Pues, “Bienvenida“ otra vez, anda!—gritaron en coro los visitantes del prostibulo, siguiendo el bailoteo con las mozas.

La tal “Bienvenida“ era, en efecto, una danza apasionada y bellísima, á pesar de su médula canallesca. En su primera parte, sobre todo, parecía gemir una pena honda que no dejaran adivinar totalmente los acordes y contratiempos de los bajos: luego, en la segunda,—que es la bailable,—la pena vergonzante desvaneciase, moría en la transición harmónica y sólo quedaban las notas de fuego que provocan los acercamientos; el ritmo lúbrico y característico que excita y enardece. Hasta cuatro veces obligaron á Hipólito á repetir su composición, en medio de aplausos explosivos y gritones.

—Esa danza es para mí ¿verdad, Hipo?—aseguró Santa al músico, cuando se llegó al piano en busca del sombrero de aquél.

—Sí, Santita, esta y otras dos que le tocaré lue-

go, en cuanto los visitantes nos dejen; para usted son las tres,—declaró Hipólito, grave.

Santa realizó prodigios con el sombrero del músico en su poder; hizo una colecta excepcional, de casi media docena de duros. Y sonándolos, contentísima, con sus manos los introdujo en los bolsillos de la americana del compositor, que continuaba de frente al piano, liando un cigarrillo con su admirable destreza táctil de ciego. Junto al oído, le murmuró:

—No piense Ud. que le pago con dinero, Hipo, pero es muy justo que estos lo aflojen. Yo, le agradezco á Ud. mucho que se haya acordado de mí... Créame, se lo agradezco mucho.

Sonrió el ciego, moviendo apresuradamente las cejas, sin responder; y como mientras preludiaba sobre el teclado un schottish se colocó entre los labios el cigarrillo encendido, no está averiguado si la lágrima que se enjugó con el dorso de una mano, habíala engendrado el agradecimiento de Santa ó el humo del de Monzón que trataba de penetrar en sus horribles ojos blanquizcos.

Por rara y mutua atracción, Santa é Hipólito simpatizaron desde que se conocieron; por supuesto una simpatía inconfesada y tímida, dado que en el medio en que ambos actuaban, es prohibido tomar á lo serio cualquier sentimiento ligeramente ideal, que nó ó se ama de verdad ó se ama de fingido, resultando en ocasiones,—las más,—que ni esas pobres mujeres ni los hombres que con ellas viven en intimidad siempre relativa, podrían asegurar cuándo de veras aman y cuándo de veras fingen. Hipólito y Santa simpa-

tizaron, pero una vez el fenómeno producido y descubierto, entrambos ocultáronlo por recíproco acuerdo egoísta, ya que en lugar de ganar nada con que se enteraran las compañeras, él perdería la casa,—y era una de las principales en el ramo!—y ella los mimos y consideraciones que le prodigaban la “dueña” y la “encargada”, no bien advirtieron que á Santa, por ser aún carne fresca, joven y dura, disputábasele día á día los viejos parroquianos y los nuevos que iban aprendiendo la existencia de tesoro semejante. Porque Santa triunfaba, había triunfado ya con sólo consentir que la desnudasen y bañasen con champagne en un gabinete reservado de la “*Maison Dorée*”, cierta noche que los miembros mejorcitos del Sport Club, celebraron con cena orgiástica el hallazgo de esta Friné de trigueño y contemporáneo cuño.

A contar de la edificante cena, trocóse Santa de encogida y cerril, en cortesana á la moda á la que todos los masculinos que disponían del importe de la tarifa, anhelaban probar. Más que sensual apetito, parecía una ansia de estrujar, destruir y enfermar esa carne sabrosa y picante que no se rehusaba ni defendía; carne de extravío y de infamia, cuya dueña, y juzgando piadosamente, pararía en el infierno; carne mansa y obediente, á la que con impunidad podía hacerle cada cual lo que mejor le cuadrara. Y aunque entre tantísimo caballero había padres de familia, esposos, gente muy adinerada y muy alta; unos católicos, otros librepensadores, filántropos, funcionarios, autoridades, como la muchacha de perderse tenía, á nadie le ocurrió intentar si-

quiera su rescate,—que en este Valle de las Lágrimas fuerza es que todos los mortales carguemos nuestra cruz y que aquel á quien en suerte le tocó una pesada y cruel, pues que perezca! Aquello fué un furioso galopar de personas decentes, respetables, alegres y serias, tras la muchacha recién caída; pero galopar agresivo, idéntico al de los garañones de las dehesas que encendidos en bestial lascivia nada los contiene ni nada respetan. Puede decirse que la entera ciudad concupiscente pasó por la alcoba de Santa, sin darle tiempo casi de cambiar de postura. ¡Caída! caída la codiciaban! caída soñabanla! caída brindábales la vedada poma, supremamente deliciosa!...

Santa, en sus adentros, y hembra al fin, sentíase halagada con esa adoración que trazas llevaba de no concluir nunca; y en vez de enfermar, sonreía, sonreía en su perenne desnudez impúdica, coronada la cabeza de negras crenchas con sus sonrosados brazos mórbidos, de aquel incesante desfile de hombres que se le acercaban trémulos y le aplastaban los labios con sus besos; que la ensordecían con juramentos susurrados y de instantánea duración para luego despedirse arrepentidos de sus propios extremos, dejándole unas cuantas monedas sobre los muebles y una mezcla de desdén y de ira hacia todos ellos que no sólo la exigían las bellezas de su cuerpo sano y macizo, sino que los amara, que los amara.

—¡Amame!—imploraban entre billetes de banco y rabiosas caricias,—ámame un instante á lo menos!

¡Amarlos!... ¿Y cómo había de amarlos, si el

primer tunante con quien tropezó dejóla sin el menor deseo de que la aventura se repitiese? ¿Acaso los hombres merecen ser amados?...

Mientras hallaba respuesta que satisficiera su duda, persistía el desfile de masculinos, la lluvia de monedas y caricias; persistía su buena salud resistiendo á maravilla esa existencia de perros. Santa embellecióse más aún; excesos y desvelos, cual diabólicos artífices empeñados en desatinada justa, en vez de arruinar ó desmejorar sus facciones herloseábanlas á ojos vistas, que hasta las palideces por el no dormir y las hondas ojeras por el tanto pecar, ibanle de perlas á la campesina. Lo que si perdía, y á grandísima prisa por desgracia, era el sentido moral en todas sus encantadoras manifestaciones; ni rastros quedaban de él; y por lo pronto que se conaturalizó con su nuevo y degradante estado, es de presumir que en la sangre llevara gérmenes de muy vieja lascivia de algún tatarabuelo que en ella resucitaba con vicios y todo. Rápida fué su aclimatación, con lo que á las claras se prueba que la chica no era nacida para lo honrado y derecho, á menos que alguien la hubiese encaminado por ahí, acompañándola y levantándola, caso que flaqueara. En los instantes,—cada día más raros,—en que oleadas de remordimiento la asaltaban y entristecían, entraba en fugaces coloquios consigo misma; pero por mucho que volvía el rostro dispuesta á pedir auxilio, á modo de persona que se ahoga, sólo contemplaba á entrambas orillas de su vivir, gente que se encogía de hombros ó que se esforzaba porque de una vez se ahogara y con ello desapareciese la

tentación lindísima de su cuerpo. Entonces, los remordimientos desvanecíanse, se esfumaban los incompletos recuerdos de su catecismo, de su niñez y de su madre, y víctima de sus propios instintos, se abandonaba con indolencias y fatalismos de odalisca á lo que diputaba por su mala suerte. Que ¿dónde finalizaría con semejante vida?... pues, en el hospital y en el cementerio, puerto inevitable y postrero en el que por igual fondeamos justos y pecadores! Mas de aquí al término, recetábase un puñado de lustros en el que disfrutaría de salud y de belleza; la belleza y la salud que se conocía de coro con tanto lucirlas y bañarlas y venderlas. Esto por lo que á la materia mira, que en lo que al espíritu atañe, si es cierto que se declaraba delincuente en grado sumo, secretamente contaba con que le sería concedido, puesta ya en las últimas, tiempo bastante para desagaviar á El que minuto á minuto agraviaba y cuyo nombre ni á solas pronunciaba por supersticioso temor.

—No debemos mencionarlo nosotras, ¿verdad, Hipo?—le preguntó al pianista, á la sazón que una de las mujeres de la casa, hecha un mar de lágrimas por inmensa desgracia que la afligia, invocábalo sin cesar.

—Pues oiga Ud., Santita, eso es difícil de resolver... Ahí tiene Ud. á la Magdalena...

—¿Qué Magdalena?...

Ni Hipo lució íntegra su erudición, porque unos parroquianos ebrios interrumpieron la consulta, ni aunque la luciera convence á Santa, que se aferró á no mentar el divino nombre para no profanarlo con sus labios impuros.

En cambio, y con aquel instinto femenino que raramente se equivoca en adivinar á quién agrada y á quién no, Santa fué intimando con Hipólito, cobrándole un afecto extraño, más que simpatía y mucho menos que amor. Hasta sufría junto á él, junto á su precipitado movimiento de cejas, junto á sus horribles ojos blanquizcos de estatua de bronce sin pátina, que no obstante no ver, diríase que miraban, que la miraban á ella sobre todo, cuando él se los clavaba con espantosa inmovilidad, como si confiase en que por tal manera se operaría el imposible prodigio de recuperar la vista, ó como si pretendiese grabar en sus monstruosos globos sin iris las facciones de esa mujer que presentía bella y joven. Santa sufría, y sin embargo, se le acercaba procurando desviar el rostro para no encontrarse con la mortecina luz de aquellos ojos que casi la miraban con algo de súplica desesperada por no poder mirarla. Y lo que es conversar, gustosísima conversaba con él y aun sometía á su experiencia de veterano en libertinaje, algunos problemas que por novicia en la prostitución resultábanle complejos é insolubles.

Así dió principio la buena y mutua amistad; acudiendo Santa á quien más sabia é Hipo enseñando al ignorante su crecido caudal de conocimientos turbios. Los pocos ratos que á Santa dejaban libre sus quehaceres, consagrábalos al comercio del músico; y á media voz cuando él no manoteaba en el piano, en voz fuerte cuando ejecutaba sus habilidades, salían las preguntas y las respuestas, los sabios consejos y las reconvenções tímidas; unas y otros fragmentarios, dis-

locados, pues á Santa la reclamaban sin cesar, á Hipólito le exigían que tocase horas enteras y los importunos se acercaban á interrumpir la confianza y á trocárla en cháchara sin substancia ni miga. En cuanto vuelven á hallarse solos reanudan el hilo roto y, lentamente, van simpatizando; Santa experimenta conmiseración y pena hacia su mentor,—que no parece que padezca lo que padecer debía,—y el mentor siente estremecimientos fugitivos cuando su nueva amiga se le aproxima demasiado ó apoya sobre sus espaldas los torneados brazos que han servido para conducir el mugriento sombrero del pianista y arrancar dádivas monetarias á la clientela de la casa. En ésta se suena que el tal Hipo es un granuja de marca mayor, un sátiro impenitente, y las muchachas lo embroman, intentan correrlo:

—Ah, pilló! ¿con te has prendado de Santa?...

—Y de Uds. también; á todas me las comería de un bocado, aaah!!...—Y abre la boca, repite por millonésima ocasión una mímica fantásticamente espantosa que le es familiar y que el mujeriego acoge con carcajadas, gritos y conjuros.

Una noche, que la demanda había sido floja y que las chicas se tumbaban en los canapés, sacaban “solitarios” de naipes ó dormitaban en los rincones, aguardando la hora de disponer á su antojo de sus personas, Pepa, como cualquiera matrona de buen vivir, púsose á tejer una bufanda de estambres para su Diego, é Hipólito y Santa, junto al piano siempre, hablaron por la primera vez de cosas serias, de sus existencias respectivas nada menos. Ya Santa despepitó su historia, enterita, y ahora se ha encaprichado por

que Hipólito le cuente la suya. El músico se resiste.

—No, si no es que no quiera; es que se va Ud. á entristecer, y yo de paso...

—Bueno,—replica Santa, fingiendo enojos,—nada me cuenta Ud., pero mañana no me pida ni que le hable...

—Eso nunca, Santita, por lo que Ud. ame más!... Escuche Ud., sí, bien cerca, para que no nos oigan...

Luego de reconcentrarse un momento y de chupar nerviosamente su cigarrillo, comenzó:

—Figúrese Ud., Santita, yo no conozco luz ni padres....

E hizo una larga pausa, los párpados cerrados, el cigarrillo, de chuparlo tan apriesa, chamuscándole el bigote.

—¿A sus padres de Ud. tampoco? ¿y por qué?—inquirió Santa azorada.

—A mi padre, porque me sospecho que jamás se preocupó de mí; y á mi madre, porque con esta ceguera condenada no la veía, y aunque la hubiera visto, se me habría olvidado... nos separamos cuando yo era un niño y ella estuvo forzada, por sabe Dios qué, á abandonarme en la Escuela de Ciegos...

—¿Dice Ud. que lo abandonó su mamá siendo Ud. ciego y muy chiquito?...

—Ah! pero ya la perdoné, al hacer mi primera... y única comunión!

Un nuevo silencio interrumpió la charla á media voz; Santa llegó hasta la vidriera del balcón y estrujó las cortinas; Hipólito volvió á cerrar sus ojos blanquizcos, apretándolos más sin advertirlo.

—Hipo! por tu madre, toca algo, que *naiden* se ha muerto—prorrumpió la “Gaditana”, malhumorada porque los “solitarios” que tiraba de la baraja salíanle adversos.

Hipólito preludeó un vals.

—¿Cuántos años tenía Ud. cuando se separaron? ¿no se acuerda Ud?—le preguntó Santa por encima del hombro.

—Seis ó siete á lo más; todavía lloraba mucho, por cualquier cosa...

La primera parte del vals brotó de las manos del ciego, acompasada y voluptuosa.

—¿Y dónde fué la separación, Hipo?

—Verá Ud. Como además de ser chico era ya ciego, no me apartaba de mi madre ni para jugar ni para comer... Sentábame en su regazo, y la comida me la ponía en la boca anunciándome antes lo que iba yo á comer... Yo, claro, muy torpe por chiquillo y por ciego, derramaba la sopa, el agua... á veces, mordía el aire equivocando las direcciones, y ella, supongo yo que lloraba, pero tan quedo, que no me lo parecía, y le preguntaba qué eran unas gotas tibias que sentía resbalar por mis cachetes... tardaba en responderme, y las gotas, dale que dale, mojándome la cara, hasta que á mí me invadía una tristeza tan grande, Santita, que dejaba de comer y en mi media lengua, ¡lo recuerdo perfectamente! la interrogaba en forma, anhelando conocer algo más que su voz y que sus lágrimas... “Dime, mamacita,—le decía,—dime cómo eres tú y cómo soy yo!”.

Santa, con los ojos muy brillantes, se sonó con estrépito sin chistar palabra.

La segunda parte del vals, mucho más alegre

y ligera que la anterior, se escapaba de los amarillentos dedos de Hipólito, que la perseguía por entre las teclas enlutadas y blancas del piano.

—Un día,—continuó el músico,—mi madre me besó muchísimo, mucho más que de ordinario, y mudándome de limpio cargó conmigo... Sollozaba tanto, que me asustó y me abracé á su cuello, en su hombro escondi mi cabeza y pegando mis labios á su oído, le pregunté á dónde me llevaba...

—“Voy á llevarte á un colegio, para que aprendas varias cosas y para...” No pudo seguir; me abrazó más de lo que yo la abrazaba á ella, y su llanto, que ya no trató de disimular, me empapaba el rostro... Y si viera Ud., Santita, sentí lo mismo que si por dentro se me rompiera algo, una sensación desconocida, de dolor y de miedo...

—“¿Y no viviré junto á tí?”—averigüé aterrado.

—“Nó”—suspiró,—“pero iré á visitarte dos veces á la semana y te llevaré juguetes y dinero para que compres dulces...”

—“Entonces, ya no me quieres”,—le repuse,—“y ya no podré andar ni comer, porque careceré de tus manos y las mías no me sirven...” Y también yo me eché á llorar, y á falta de ojos con que mirarla, olía yo á mi madre, la respiraba como un perrito, para despedirme... Me rogó que me callara...

—“Cállate, por Dios, criatura, que te oye la gente...” Y ella, se lo juro á Ud., ella lloraba más que yo!... Anda y anda, al fin nos detuvimos, en la Escuela de Ciegos... A besos me enjugó mis ojos sin vista y apoyándose, calculo que en la pared, murmuró: “Aquí es!... si supieras por

qué te traigo... si supieras... me absolverías..."

Santa temblaba. Una de sus compañeras, mandó á traer un ponche de ron, bien cargado y bien caliente.

La tercera parte del vals, lenta, desfallecida, melancólica, se esparció por los ámbitos de la sala del prostíbulo.

—¿Y después?—interrogó Santa, contemplando tontamente por la abierta tapa superior del piano cómo los martinetes golpeaban las cuerdas metálicas.

—Nada; que en el colegio aprendí á leer, pero no crea Ud. que en libros, yo aprendí á leer con los dedos... sí, con los dedos, pasándolos por sobre unas letras de relieve. Aprendí á tocar piano y aprendí á sufrir, porque antes, ni con mi ceguera sufría; la vecindad de mi madre, su voz, sus caricias me representaban el universo. Si es cierto que yo no veía, ella veía por mí, ¿qué mejor?... A su modo me explicaba las cosas, los animales, las personas; me hablaba de colores, me describía las flores, el campo, hastas las nubes!... qué digo las nubes, hasta el mismísimo sol!... Por ella sé que es azul el cielo y verde el campo; y aunque ignoro lo que es azul y lo que es verde, acá en mi cabeza me he fabricado mi paleta y cuanto yo considero se me figura que lo considero más bello de lo que es en realidad... como que al imaginármelo revivo á mi madre, que fué para mí, y seguirá siéndolo, más linda, pero mucho más linda que el cielo azul y que el campo verde y que el mundo entero. Y repare Ud. que mi madre me visitó apenas; durante las primeras cuatro ó cinco semanas de mi cau-

tiverio, ahí estaba, tempranito, todos los jueves y domingos, cargada de golosinas, de lágrimas y de cariño que por igual me repartía. Contábale yo, cuando de llorar nos cansábamos, mis progresos en la lectura, en la música y en la pasamanería; escuchábame ella apretándome contra su seno, del que con sacrificio inmenso me desprendía la campana que ponía término á la visita... De repente, faltó un domingo y un jueves y otro domingo, ¡con qué ansia la esperé, Santita! sentado en un rincón del patio, el más solitario, para que ni el eco de lo que charlaban y reían mis compañeros con sus familias aumentase mi pena... Era yo inocente á un grado, que me propuse guardar en mi pañuelo aquel mi llanto, con objeto de que al tocarlo y sentirlo mojado, no le quedara duda de lo que la idolatraba; pero ¡calcule Ud! el llanto que guardaba se evaporó,—todos los llantos se evaporan,—pregúntele Ud. á uno que sepa de esto... Yo, lo que creo, es que nuestros dolores también se evaporan.

La *coda* del vals se extendió rítmica y quedamente en el teclado; la moza del ponche apuraba éste á pequeños sorbos, y Pepa, la "encargada", recontaba sobre su falda un fajo de billetes de banco. Santa dibujaba con un dedo figuras extrañas en el polvo finísimo que cubría la tapa superior del piano.

—Luego,—insistió Hipólito,—hasta que ajusté catorce años, una vida incolora, ó negra, como dicen Uds. los que ven; muy educados mis cuatro sentidos, el tacto principalmente; muy encalecido el corazón, acostumbrándose á latir por latir y no por querer—¿querer á quién si nadie

me quería á mí?...—En la memoria, mi madre; en la mano, un bastón que á fuerza de guiarme y defenderme, llegué á considerar mi amigo único; hacia atrás, todo negro; hacia adelante, todo negro; inválido, miserable, pobre; sin ilusiones, sin esperanzas, sin cariño; condenado á perpétua cárcel, ya en la escuela, ya en un asilo, ó á morir de hambre si pretendía valerme á mi mismo... á menos que una alma caritativa no me sacara del colegio y me llevara consigo, para utilizar mis conocimientos de pasamanero ó de músico. Y así sucedió: un señor Primitivo Aldábez, dueño de una tapicería de barrio, dolido de mi ceguera y asombrado de mi maestría en obra de pasamanos, llenó los requisitos de ley y me sacó del colegio, previo consentimiento mío, que sin titubear otorgué, ansioso de variar de rumbo...

—¡Gracias á Dios!—exclamó Santa, cual si se librara de un gran peso.

—No muchas, Santita, no muchas, porque al poco tiempo...

Y á par que el vals, de retorno á su primera parte, moría y era sepultado en las teclas por las manos de Hipólito, acentuando los compases finales, dejóse caer en la casa una nube de visitantes; con lo que el pianista reservó para mejor ocasión lo que de su autobiografía faltaba, y Santa, aunque en curiosidad ardía, tuvo que ir y agasajar á los recién venidos. La sala despertó.

De la noche esta databa la amistad de Hipólito y de Santa; la dedicatoria de las tres danzas: "Bienvenida", "Te esperaba" y "Si te mirara"... con las que se acrecentó la reputación del pianista y la simpatía de Santa; el palique diario;

las consultas de ella y los consejos de él. Por lo que cuando se presentó en escena el primer enamorado serio de Santa, aquel señor Rubio de apellido y de cabello, que las demás mujeres del establecimiento habrían apetecido para sí, nadie se interiorizó de la ocurrencia antes que Hipólito.

—Hipo,—le dijo Santa,—Rubio me ofrece ponerme casa si yo me "comprometo" con él ¿qué me aconseja Ud?

¡Caramba, y el temblor nervioso que á duras penas pudo dominar el filarmónico al oír el secreto!

—Pues, Santita, ahí sí que no caben consejos... ¿Ud. lo quiere?

—Es un caballero muy fino, Hipo; á Ud. le consta cómo me trata delante de la gente. Si viera Ud. cómo me trata á solas!

—Y yo qué diantre tengo que ver, si soy ciego y casi me alegro de serlo, es decir, que me alegro... ¿Ud. lo quiere, Santita?

—¡Querer! ¡querer!... Hay muchos modos de querer... aunque mueva Ud. la cabeza, muchos, muchísimos!

—Bueno, entonces márchese Ud. con él: que al fin y al cabo con alguien había de ser, es lo infalible.

—¿El qué es lo infalible?...

—Eso, el apartamento del burdel. Sólo que el burdel es como el aguardiente y como la cárcel y como el hospital; el trabajo está en probarlos, que luego de probados, ni quien nos borre la afición que le cobramos, la atracción que en sus devotos ejercen!... Ud. regresará á esta casa, Santita, ó á otra peor... Ojalá y nó, no se incomode

Ud., que le deseo lo contrario; pero en ocasiones, no sabe uno... ¿Por qué no aguarda Ud. unos meses más? Lejos de perder, quizá gane, y si el señor Rubio desespera y vuelve las espaldas, probará que únicamente nutría un capricho por Ud. ¡El que de veras ama nunca se cansa de aguardar! Además, hoy por hoy ¿qué necesita Ud.? Salud le sobra, le sobran marchantes, buenos modos de Elvira y de Pepa; aprovéchese Ud., hágase pagar á peso de oro, y siga la rueda.

Lo que siguió, por lo pronto, fué la cátedra del perverso de Hipo, que, compenetrado con el falso criterio dominante en el mundo en que actuaba, predicaba las peores atrocidades con una inverecundia mayúscula. Y siendo cual era una entidad moral superior á la de Santa, la sugestionó á un punto, que el tal Rubio, no obstante el sinnúmero de circunstancias que en su favor militaban, hubo de avenirse con lo que la chica quiso concederle: preferencias manifiestas en público; dos noches íntegras en cada semana, desde temprano, con teatro y cena; el remedo de una mancebía, tan frecuente entre esas mujeres, cuando están de moda, y los hombres todos cuando ya no lo están. Hipólito, á guisa de oculto consueta, dirigía la comedia; y por oculto, no pudo destruir, también, las redes que mañosamente venía tendiendo á Santa el afamado y valiente "Jarameño", matador de toros de cartel, contratado en la propia Península y que domingo á domingo causaba las delicias de los aficionados mexicanos en la Plaza de Bucareli. Por su largueza en el gastar y por su gracejo en el decir, fué admitido en la casa de Elvira, que no

abrigaba mucha devoción que se diga hacia la gente de coleta:

—Pegan y no pagan,—solía predicar á sus educandas, que se bebían los vientos por ellos á causa de defectos tales,—y lo que es peor, ahuyentan señoritos.

Con "El Jarameño" los sucesos pasaron de manera diversa. En primer lugar, lo llevaron á la casa los señoritos de más viso; en segundo, él trató los pesos duros á modo de granos de anís y á las muchachas todas á modo de pesos duros; gastó al igual de sus encopetados amigos, propinó sirvientes, gratificó al pianista, y cuando se adueñó de la guitarra, entonces sí que la victoria se consumó y que las mozas, españolas en su mayoría, batieron palmas y lo premiaron con besos, más encaminados á acariciar la tierra perdida que á enamorar á aquel paisano de afeitado rostro macareno. "El Jarameño" fijóse desde luego en Santa, porque no sólo valía la pena sino que era la solicitada de los niños finos; un relámpago de deseo, que hizo hervir su sangre árabe de vencedor de hembras.

—Diga usted, salecita del mundo,—le preguntó con exagerado cecear andaluz,—usted no tiene cortejo?...

Y mientras respondía, la sujetó por una muñeca, con garra de hombre fuerte, pero sin lastimarla, al contrario, acariciándola con esa misma fuerza que se mostraba apenas y prometía un apoyo hercúleo, primitivo, bestial. La miró fijamente, con fijeza de hipnotizador, hasta que Santa, subyugada por esa voluntad, lo miró también, turbadísima, á pesar de la risa fingida á que apeló para responderle: